Olimpiada de Moscú

EL DEPORTE Y LA GUERRA FRIA

RAMIRO CRISTOBAL

JIMMY Carter y lord Killanin no están de acuerdo. Para el Presidente de los Estados Unidos, deporte y política son vasos comunicantes; enturbiado uno, más vale vaciar el segundo; para el presidente del Comité Olímpico, nada tiene que ver una cuestión con la otra y, si tiene, más vale no hacer caso y seguir adelante. Ambos se equivocan. Uno y otro nos confunden: nunca el deporte ha sido la víctima inocente de la Historia. Si acaso ha sido vaso comunicante, fue antes causa que efecto de la turbiedad, y si alguna vez mantuvo la inocencia de la virginidad, pronto se convirtió en placentera matrona para consuelo de dictadores y alivio de ambiciosos.

Allá por los tiempos del barón de Coubertin, a fines del siglo pasado, el deporte se paseaba por las mansiones aristocráticas. Por entonces se pensaba que sólo un "gentleman" era capaz de practicarlo; oscuramente se tenía la idea de que el pueblo llano era incapaz de someter sus primarios esfuerzos físicos a una reglamentación. No es extraño, pues, que la Amateur Athletic Association publicara en 1866 un libro de principios en el que, entre otras cosas, se afirmaba que era deportista toda persona que no se exhibiese por dinero y que no "sea obrero, artesano o jornalero". Eran estas cosas que indignaban al buen barón de Coubertin, que tenía en la cabeza una vaga utopía deportiva en la que todos los hombres tuvieran un lugar bajo el sol.

Ocurrió, en otro orden de cosas, una serie de circunstancias fundamentales que contribuyeron a la extensión de las prácticas deportivas a las capas populares: el desarrollo de la tecnología y la presión obrera provocó una disminución en las jornadas de trabajo. Enfrentadas las empresas con la posibilidad de una enorme inflación de oferta o de dejar sin trabajo a millones de trabajadores, con las consecuencias políticas y económicas consiguientes, decidieron acortar las horas de trabajo. Ahora bien, los líderes obreros —marxistas o no— que provenían de una tradición humanista y racionalista, anunciaban que querían "ocho horas de trabajo, ocho horas de descanso y ocho horas de educación".

Estas últimas eran, precisamente, las que más miedo daban al capital. Los Estados Unidos, que ya tienen experiencia en el asunto, por ser los primeros que habían disminuido el tiempo de trabajo (sesenta horas semanales desde 1860; en Europa no será legal hasta 1900), habían sido también la vanguardia en buscar entretenimientos inocuos para llenar los ocios proletarios. Pronto las instituciones privadas con dinero del capital, e incluso las propias empresas, comenzaron a crear un sinfín de sociedades gimnásticas, clubs deportivos y excursionistas. El fomento del cultivo de la forma física y del contacto dominical con la Naturaleza (auspiciado también por las distintas Iglesias) se convirtió en una parte más de la alienación que luego sería mucho más multiforme.

No es extraño que Coubertin, que creía en el progreso en abstracto de la raza humana, concibiera el deporte como una actividad que, tras realizar en el individuo los viejos arquetipos de la belleza griega y romana, consiguiera una superación de los odios entre los hombres. La competición deportiva venía a ser, de esta manera, como una suerte de pararrayos, de nueva vía, amistosa y propia de caballeros, por donde se encauzaran los posibles odios de clase o entre naciones y razas. El buen hombre y con él muchos intelectuales bienintencionados de fin de siglo, creyeron haber realizado la auténtica reforma **desde arriba**, la pedagógica y ejemplar, antes que la revolucionaria y violenta.

Con este o muy parecido espíritu se celebraron las primeras Olimpiadas de Atenas, en abril de 1896. Fueron muy modestas: sólo trece países, nueve deportes y doscientos ochenta y cinco participantes. Los griegos, orgullosos de su historia, construyeron un estadio, el Panathinaicos, que la generosidad de un mecenas, Avirof, quiso que recuperara el aforo de 70.000 espectadores que había tenido en el siglo IV antes de Cristo, cuando Licurgo lo construyera para aquellos otros juegos de la edad de oro. Fue un detalle que encantó a los intelectuales europeos de la época.

Los sueños de paz, concordia y "fair play" no duraron mucho. El deporte nacía con malas inclinaciones y ni siquiera toda la pedagogía humanista de Coubertin conseguiría arrancárselas.

Primer período: la Olimpiada nazi

Los expertos dividen las Olimpiadas en dos períodos casi iguales, y cuyo punto de separación o bisagra de engarce fueron, precisamente, los históricos Juegos de 1936 en Berlín, a partir de los cuales todo el mundo reconoció que la vida no era igual. Que por mucho que se quisiera volver la cabeza, las Olimpiadas estaban profundamente politizadas y eran utilizadas como tales. Por otra parte, el propio Coubertin se había retirado de su cargo de presidente del Comité Olímpico unos años antes, y aunque en su senectud seguía viendo atletas de mármol corriendo sobre pistas de algodón rosa, lo cierto es que sus sucesores tenían un talante diferente.

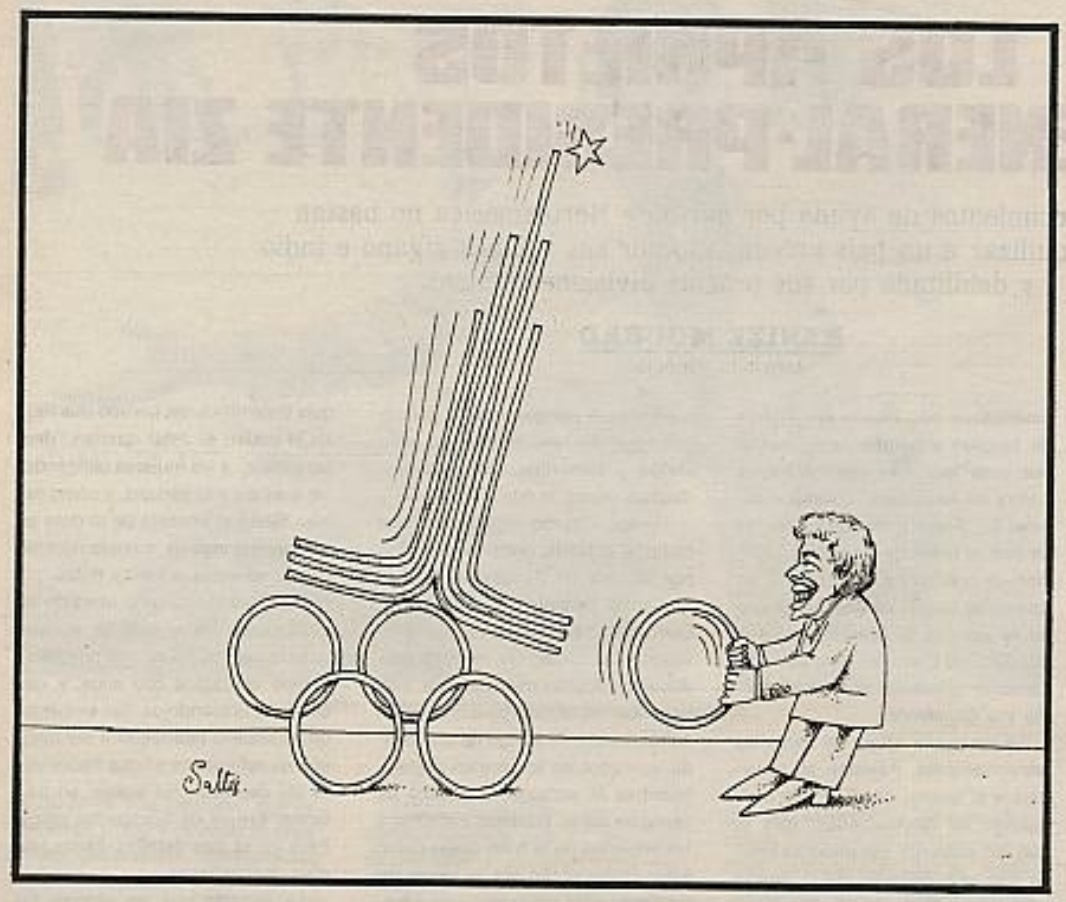
No faltaron precedentes de lo que ocurriría más tarde. Sucedía, por ejemplo, que los atletas de color no eran admitidos en las Olimpiadas y ocurrieron cosas tan divertidas —y, probablemente, tan indignantes— como el que en los Juegos de 1904, que se celebraron en la ciudad norteamericana de Saint Louis, hubo que hacer los llamados "Antropological days" en los que se **permitió** a los hombres de color —negros, indios, asiáticos, etc.— realizar sus propias competiciones fuera de las de los blancos. Según dicen los que estuvieron presentes, el público se rió mucho con las pruebas de los "primitivos". El propio Coubertin, siempre indulgente, dijo que sólo a los extravagantes yanquis se les pudo ocurrir una cosa tal y se refirió a los "divertidos espectadores de Saint Louis".

Después de la primera guerra mundial, Alemania fue expulsada de los Juegos Olímpicos. No hubo, que se sepa, ninguna voz indignada por lo que constituía una flagrante contradicción con el llamado apoliticismo de las Olimpiadas. El país vencido era expulsado de la comunidad deportiva y no había nada más que hablar. Ni en Amberes en 1920, ni en París en 1924, ni en Amsterdam en 1928 estuvieron presentes los alemanes.

Por cierto que en estas Olimpiadas de 1928 ocurrió un suceso bastante curioso que demostraba que una Reina puede utilizar la cabeza para algo más que para sostener la corona. La Reina Guillermina de Holanda, que debía presidir la inauguración, no se presentó a la misma y desde luego no dio ninguna excusa diplomática. Dijo claramente que los Juegos estaban montados a la gloria de las grandes potencias que, por pura lógica de número y de posibles, conseguían copar un mayor número de medallas. Las Olimpiadas, razonaba la Reina, no eran más que un gigantesco escaparate propagandístico para lucir la prepotencia de los países más poderosos.

El conflicto más serio ocurrió en 1936. Cuatro años antes se había concedido la organización de los siguientes Juegos a la Alemania de la República de Weimar, pero cuando llegó 1936 todo el mundo vio con horror que ya no era la misma Alemania: Hitler estaba en el poder y preparaba unas pruebas que sirvieran de propaganda a su país y a la raza aria. Pretendía hacer unas Olimpiadas nazis.

Hubo sus más y sus menos y por primera vez se pensó en impedir que un régimen de seme-



jantes características fuera el organizador. La izquierda mundial empezó a pedir que los Juegos se organizaran en la España republicana, concretamente en Barcelona, donde se había construido con tal fin el estadio de Montjuich. El Comité Olímpico dudó y, al fin, decidió descartar la capital de Cataluña, e hizo bien, porque de haberse celebrado los Juegos en España en el verano del 36, hubieran sido bastante más movidos de lo que nadie se hubiera imaginado.

En otro sentido hubo un precedente de lo que los americanos y los conservadores llamaban "apoliticismo" hasta hace sólo un mes. Un nuevo presidente del Comié Olímpico sustituyó al francés Baillet Latour: se trataba del americano Avery Brundage. Cuando supo la oposición que había a celebrar la Olimpiada en Berlín dio una conferencia de prensa en la que dejó bien claro que las acusaciones contra el régimen hitleriano eran "invenciones de judíos y comunistas". Y sacrificándolo todo al deporte proporcionó a Hitler una de las mejores oportunidades de propaganda de que gozó en su vida. Hubo un pequeño disgusto en su programa: la victoria del negro Jesse Owens, al que su color no impidió vencer a los más señalados representantes de la raza aria.

Ya queda dicho que, desde entonces, los Juegos no volvieron a encontrar su virginidad (más teórica que real, por otra parte), que perdieron embobados por los discursos nacional-socialistas. Después de la segunda guerra mundial, como todo lo demás en el mundo, las Olimpiadas pasaron a ser las Olimpiadas de Estados Unidos. El estar al frente de ellas un norteamericano como el "apolítico" señor Brundage, ayudaba mucho. Se suelen citar los Juegos de Invierno de Squar Valley, cuyo montaje fue preparado por el mismísimo Walt Disney, como el principio de esta definitiva americanización.

Surgió, además, otro motivo de preocupación: las multinacionales acabaron metiendo mano en el asunto y los deportistas comenzaron a salir con letreros más o menos discretos en sus ropas de competición en las que hasta un ciego podía leer las más conocidas marcas de relojes o bebidas refrescantes. El Comité Olímpico se enfadó y luchó con todas sus fuerzas para combatir esta peligrosa herejía. Por cierto, con bastante más energía de la que trataba a países como Sudáfrica, que siguiendo su política de "apartheid" impedía sistemáticamente a sus atletas de color representar a la llamada República. En este sentido hubo bastantes protestas por parte de algunos países del Tercer Mundo e incluso amenazas de no participar. Todas ellas fueron cortadas de raíz por el buen Brundage, que no quería ni oír hablar de política.

Segundo período: la guerra fría

En los años cincuenta, la guerra fría estuvo muy presente en las Olimpiadas. Los países del bloque socialista con la URSS al frente tomaron conciencia de lo que estos Juegos significaban de cara a la opinión pública mundial y comenzaron una gigantesca política deportiva. Se intentó dar un contenido ideológico popular y socialista al deporte y se realizó un gran esfuerzo de formación masiva desde la escuela elemental. En la Unión Soviética, en Checoslovquia, en Alemania Democrática y en Hungría comenzó un programa de formación de atletas contra reloj. En la URSS se ejemplarizaron como mártires a los tres jugadores del equipo del Dynamo de Kiev, que fueron fusilados por los nazis durante la ocupación de dicha ciudad, por haberse negado a saludar con el brazo en alto. Se recordaban las palabras de uno de ellos, que dijo ante el pelotón: "No importa, sé que en el futuro triunfará el deporte socialista".

Así, pues, las Olimpiadas acabaron siendo una competición más entre las grandes potencias y sus aliados para lograr medallas. En esta enorme confrontación mundial, los presupuestos deportivos de todos los países, tanto occidentales como socialistas, fue en rápido aumento y la filosofía deportiva, el razonamiento deportivo de "superarse y llegar a más" fue impregnando cada vez más la vida cotidiana. Ayudó bastante el que también cada cuatro años, pero en distinta correlación, se celebrara otro acontecimiento de gran expectación: los Campeonatos Mundiales de Fútbol. Era esta una manera de que cada dos años se diera oportunidad a un país de organizarlos y a otro de ganar el Campeonato de cara a su imagen en el mundo.

Característico, también, de este período son los continuos y reiterados esfuerzos para "castigar" a un país con su exclusión de los Juegos, por lo que se consideraba mala conducta política. Así algunos países quisieron excluir a la URSS de los Juegos de Finlandia por su intervención en Hungría. Paradójicahente, nadie dijo ni media palabra, en este sentido, durante los trece años que duró la intervención americana en Vietnam. Asimismo hubo airados reproches de cualquier intento de politizar mínimamente los Juegos; cuando en las Olimpiadas de México de 1968, el atleta negro Tommie Smith subió al podio de honor, tras haber obtenido la medalla de oro en doscientos metros, y levantó el puño, así como su inmediato seguidor, simpatizantes ambos con el Black Power, en Estados Unidos hubo hasta airadas interpelaciones en el Senado por lo que se consideraba "una traición a lo que un americano y un deportista deben esforzarse en ser". Las Ligas patrióticas pidieron la inmediata expulsión de Smith y sus compañeros de cualquier actividad deportiva en el futuro.

No. Carter y lord Killanin, el sucesor de Brundage, no acaban de estar de acuerdo en lo de boicotear la Olimpiada de Moscú por causa de Afganistán, y los dos se contradicen. El uno encuentra grave pecado en lo que ayer consideraba con talante de tolerancia, y el otro hace visages por la pérdida de algo que nunca existió. Es este un asunto en el que puede haber de todo menos sorpresa: tanto si se celebran como si no, lo único cierto es que ya habrá habido precedentes. Las Olimpiadas han servido para cualquier cosa menos para lo que las imaginó aquel romántico, bigotudo y un poco tonto, buen caballero que se llamó Pierre Coubertin. ■ R. C.

Ver también sobre este tema Luis Dávila: *"El Olimpismo, una religión enferma"* .(TRIUNFO, 5-II-1972).